

Joseph Brodsky, premio Nobel

Estaba yo muy lejos de sospechar, cuando publiqué en esta misma revista un largo trabajo sobre la disidencia literaria y estética soviética, que el compañero en cierto sentido de segunda fila de poetas como Evtushenko o Voshnejensky, al principio de los sesenta y al amparo de la generosa etapa-generosa, sin duda, comparada con el anterior imperio del zdanovismo en la cultura-concentrada en torno a la revista *Novy Mir* dirigida por Tvardovsky, el célebre defensor de Soljenitsin, el veinteañero Josep Brodsky, que a penas se iniciaba como «poeta rebelde» y satírico, iba a ser en 1987, a la edad de 47 años, un flamante premio Nobel de literatura.¹

Ahora, antes de entrar en cualquier tema relacionado con la personalidad y la obra del nuevo Nobel de literatura quisiéramos evocar la soberana sencillez con que en un texto suelto escrito en América, describe la vida en Leningrado, la ciudad trágica donde él, muy niño, y sus padres soportaron milagrosamente el terrible asedio, y la muerte, ya lejos él, de sus padres que quedaron en Rusia después de su exilio obligado en 1972. Nunca había leído antes nada tan sobrio, profundo, sencillo y desgarrador sobre la vida en Rusia. En su sencillez recuerda páginas célebres de otros escritores y poetas rusos de origen judío, Mandelstam y su esposa Nadejda, entre otros. Las *Memorias* de Nadejda, a las cuales Brodsky dedicara en su tiempo páginas penetrantes, medio de exaltación, medio de crítica de un cierto doloroso narcisismo, tienen algo de esta atmósfera de extremada desolación y pasmosa sencillez narrativa. Leíamos esta página de Brodsky al saber la noticia de su Premio y ser requeridos con urgencia a dictar por teléfono una nota sobre él. Nos parece honesto ahora, con el reposo necesario, referirnos a aquella nota, cuyos términos, si no modificados en lo esencial, acceden, sin embargo, a otro tono y otra dimensión al analizar la presencia del poeta ruso dentro y fuera de su patria de origen. Nuestra nota llevaba por título *Una nueva sorpresa* y decía más o menos esto. Es, sin duda, decíamos, uno de los «golpes de escena» del Nobel, con los cuales los que conceden este gran premio literario, de vez en cuando, sorprenden la conciencia del mundo y frustran las ambiciones de no pocos hombres de letras. Cuando lo tuvo Elías Canetti, poco conocido, pero, sin duda, valioso escritor, solicitado en ocasión parecida a ésta de ahora, pude decir que se trataba de un premio justamente concedido a un verdadero creador original pese a su escasa difusión en el mundo de los lectores.

Esta vez debo decir, escribíamos en aquella apretada ocasión, con la simpatía que tengo por muchos escritores soviéticos de la disidencia, estética o política que sea, que el premio ha querido ser concedido, se nos antoja creer, al «samisdat» y a la literatura subterránea rusa que según la bella expresión de Ana Ajmatova «no necesitaba del in-

¹ Cfr. Jorge Uscatescu, «La otra cara de la libertad» en *Cuadernos Hispanoamericanos*, CXXXIX, n.º 416, febrero 1985, pp. 53-88.

vento de Gutenberg». En relación con este premio del poeta ruso de la generación de Evtushenko y Voshnejensky quisiera contar, simplemente, esta anécdota rusa. Una vieja señora de Leningrado, al recibir una visita, ésta se dio cuenta de que la anciana señora copiaba, a máquina, la novela *Ana Karenina* de Tolstoi. «¿Por qué lo haces —le preguntó el visitante—?». «Para que la lea mi nieta», contesta la vieja señora. «Pero esta novela está publicada y se vende en todas las librerías», replica el visitante. «Sí, pero mi joven nieta no lo sabe ni le interesa buscarla. Y la única manera de que la lea está en dársela como literatura secreta en forma de *Samisdat*».

En mi libro *La otra cara de la libertad* (1985), me ocupo largamente de la literatura soviética de la disidencia. En la larga serie de nombres allí tratados el poeta Brodsky figura a partir de 1959. Y por casualidad, figura en mi libro (p. 15) antes que sus colegas de acción entonces y casi coetáneos Evtushenko y Voshnejensky. Puedo decir que tiene, sí, el mérito de haber iniciado la fronda al amparo de la revista *Novy Mir* en la etapa en que esta revista la dirigía Tvardovsky. También figura en la *Enciclopedia literaria* de 1963 y en las páginas de *Literaturnaia Gazeta*, en las filas de la disidencia estética bastante libre en aquellos años —concretamente antes del proceso contra Brodsky en Leningrado— junto a Evtushenko y Voshnejensky. A diferencia de estos dos últimos, Brodsky, que luego se exiliaría a los Estados Unidos, se mantuvo en su actitud y en su obra poética, fiel al espíritu inicial de su rebeldía. Hecho que le llevaría entre los primeros, a finales de la «primavera krushoviana», al proceso de Leningrado y su condena a cinco años de trabajos forzados a principios de 1964, a los 24 años de edad. Este fue sin duda, el principal mérito y, como tal, es apreciable el tono de sus versos y su fuerza moral. Hay en su poesía, aparte todo esto, una carga estética y lírica indudable. Reina en ella la melancolía de la tradición hasídica en los dominios de la creatividad. Sin duda esta carga, esta forma lírica junto con el contenido moral de su actitud, durante una década, desde antes de su condena hasta su expulsión en 1972, han determinado la concesión de este premio Nobel de literatura... Pero, en mi modesta opinión —repito— una vez más se premia una actitud más que el valor poético en sí de un escritor que solamente en los últimos años ha tenido eco casi exclusivamente en los Estados Unidos e Inglaterra, patrocinado por el gran poeta Auden. No tuvo Premio Nobel antes de su muerte, y creo injustamente, gente como Borges o como Ezra Pound. Lo mismo puede ocurrir, aunque yo no lo desee, con Graham Greene, Octavio Paz y otros. Para concluir literalmente: «Repito, un pequeño golpe de escena del Nobel, pero tenemos que acostumbrarnos a estas originalidades de los señores de las Letras y las Ciencias que, desde Estocolmo, sorprenden de vez en cuando al mundo».²

Volviendo ahora con mayor sosiego a considerar la figura, la aventura humana de Brodsky, aun manteniendo los rasgos de esta taquigráfica impresión inicial dictada por teléfono, surgen aspectos nuevos y se pone en marcha el desfile de nuevos espejos donde especialmente su obra se refleja en formas variadas. No encontraremos allí un bellissimo canto a Europa como lo hizo en su día su antecesor en el Nobel el lituano Milosz. Ni el profundo retorno e inmersión en la vieja religiosidad rusa de Soljenitsin. Ni la valentía heroica de los versos de Osip Mandelstam, que surgen del más profundo miedo

² Cfr. Jorge Uscatescu, Una nueva sorpresa, *diario ABC, Madrid*, 23-10-87, p. 62.

—el miedo centenario de la vida precaria en el «ghetto»— cuando se atreve a dirigir los agujones de su blasfemia satírica contra los ojos, la nariz y las botas de Stalin. Pero encontramos muchas cosas que proclaman ante todo la misma constante renovación del genio literario ruso. Personalmente y ahora con mayor mesura y serenidad, nos atrae más la prosa incisiva, directa, de humor tradicional ruso, hasídico y oriental, que desde Gogol hasta hoy nunca ha abandonado el gusto ruso por lo sarcástico, grotesco y caricaturesco, como una permanencia de los «*Cuadros de una exposición*» de Mussorsky. Se pueden detectar páginas de antología en Brodsky. En el Brodsky del «samisdat» antiburocrático o en el poeta Brodsky, ruso o inglés que sea, que desde la libertad confortable de una universidad del Este americano o desde un Londres que le acoge con los brazos abiertos y le publica versos en miles de ejemplares en plena desolación pública de la poesía, decimos, desde la libertad y el confort azota la frivolidad y la decadencia espiritual de Occidente. Siguiendo en esto los pasos de Soljenitsin, ambos algo desvanecidos en la suerte de la disidencia que ha sido destinada al exilio. Su poesía es llana, directa. Canta muchas cosas. Canta la estepa y la belleza de la llanura de la Rusia del Norte, pero su manera es diferente de la de Esenin cuando trata el mismo tema enamorado hasta el frenesí de la estepa del Sur y de sus caballos alados. Canta a Abraham y a Isaías, transportándose al estilo del Antiguo Testamento. Exalta a Cristo y la religión tradicional rusa. También dedica una oda a Zukhov, el mariscal, en su muerte.

Primero, hemos dicho, su prosa. Dos ejemplos. La evocación de sus padres en su áspera vida cotidiana. O la crítica-comentario de las *Memorias* de Nadejda Mandelstam, en las cuales detecta un cierto narcisismo de la persecución y el dolor. Antes de 1965 la obra tanto en prosa, ensayo o crítica, como su obra poética se había limitado a la esfera del «samisdat». En este año se publica fuera de Rusia la primera selección de sus *Poemas*. La protesta intensa contra su condena y detención, tanto en Occidente como en Rusia, hace que las autoridades soviéticas lo liberen sólo a los dos años desde su proceso y condena. Al ser preguntado en su proceso cuál había sido su oficio, aparte de citar algunas ocupaciones suyas «prácticas», Brodsky declara que su oficio era el de «poeta» y traductor. Al preguntar el juez, como antaño el viejo sofista a Sócrates, cómo se enseña este oficio, Brodsky responde que quien lo enseña es Dios. En 1967, ya libre, se publica su libro *Parada en el desierto*. En 1972 se le expulsa de la Unión Soviética. En sus últimos años en la Unión Soviética se había dedicado a recitar públicamente sus versos, como antaño Mandelstam, y como en sus días Evtushenko, que también lo haría en Madrid y otras capitales del mundo viviendo en hoteles de lujo. El antiguo «parásito literario» y antiguo preso del koljoz de Arhangelsk, cuya salida de Rusia está integrada legalmente en la salida más o menos colectiva para Israel, una vez libre empieza a publicar libros de poemas, crítica y ensayos y prosa literaria en inglés.

Su primer volumen de poesía en esta lengua aparece inmediatamente después de su llegada a Estados Unidos, concretamente en 1973. Enseña en las universidades de Michigan, Nueva York, Columbia y Cambridge. El mundo universitario y de los editores anglosajones lo lanzan con entusiasmo. El público europeo lo ignoraría prácticamente hasta la concesión de su Nobel. En 1977 la universidad de Yale le concede un doctorado. Recibe premios y su libro de ensayos *Menos que uno* obtiene el Premio Nacional de la Crítica en 1986. El mismo año aparecen sus libros *Historia del siglo XX* y su *Noc-*